

CAPILLA ALFONSENA
EST. 1811

BALADAS

1823-1828

Renovemos asimismo
todo antiguo pensamiento.

JOAQUÍN DE BELLAY.

BALADA PRIMERA

UNA HADA

... La reina Mab me ha visitado.
Ella es quien durante el sueño hace
que vele el alma inmortal.

EMILIO DESCHAMPS.—*Romeo y Julieta.*

Que sea Urgela ó Morgana (*),
me gusta en sueño tranquilo
que un hada de cuerpo blanco
como un girasol marchito
sobre mi frente se incline
inundándome en su hechizo.

Con su laúd de marfil
es ella quien me repite,
acompañando sus voces
con acordes varoniles,
vuestras pasadas hazañas,
vuestros hechos increíbles,
si más no maravillase
vuestra historia, ¡oh paladines!

(*) El hada Morgana. Llámase así á una especie de espejismo sensible alguna vez en la bahía de Reggio.—(N. del T.).

Ella es quien me ordena unirme
á las cosas veneradas,
la que quiere que mi mano
enlace en amistad franca
el guantelete acerado
que empuña la enhiesta lanza
y las manos con que pulsan
los trovadores el arpa.

En el obscuro desierto
en donde humilde me asilo,
invisible y escondida
en todo cuanto yo miro,
ella hace para mi alma
en su inmenso poderío
de cada rayo una llama,
de cada voz un suspiro.

Ella es la que, apareciendo
en las ondas agitadas,
se sienta sobre una roca
mostrándose á mi mirada;
ella quien, atormentándose
para serme siempre grata,
suspende en el campanario
la cigüeña plateada.

Cuando en el helado invierno
la llama chisporrotea,
ella es quien su luz aviva,
quien en mi asilo se alberga,
quien en el cielo radiante
con su mirada me muestra
la estrella que luce y muere
como un ojo que se cierra.

Ella es quien, cuando yo piso
ruinas abandonadas,
nuestras primitivas cunas
buscando con fiel constancia,
me presenta mil imágenes
por largo tiempo buscadas,
y cual río de los tiempos
cayendo de una montaña,
hace resonar el viento
bajo las viejas arcadas.

Ella es quien, cuando yo velo
en la calma de la noche,
trae confusos ladridos
que en la llanura se oyen;
quien, para dormir mi oído,
matando las demás voces,
despierta un clarín lejano
en el fondo de los bosques.

Que sea Urgela ó Morgana,
me gusta en sueño tranquilo
que un hada de blanco cuerpo
como un girasol marchito
se incline sobre mi frente
inundándome en su hechizo.

BALADA SEGUNDA

EL SILFO

Viento, frío y borrasca contra el niño
se enconaban. —¡Abridme,
—dijo,—que voy desnudo!

LA FONTAINE.—*Imitación de Anacreonte.*

«¡Oh tú, que en estos muros,
semejante á las sílfides hermosas,
muestras estas vidrieras
á mis miradas ávidas!
¡Oh! ¡Abreme, doncella! ¡Tengo miedo!
Me rodea la noche...
La noche que, poblando los espacios
de lívidas figuras,
da á las almas sutiles de los muertos
ropajes vaporosos.

»Yo no soy, oh doncella,
uno de aquellos sabios peregrinos
que hacen largos relatos
de sus largos viajes...
No soy uno de aquellos paladines
que son amor y espanto de las bellas,
cuyo cuerno sonoro
despertando á los pajes y escuderos
da á la hospitalidad guerreras trazas.

»Yo no arrastro el cayado
ni la lanza temida,
yo no llevo la negra cabellera,
ni la argentada barba,
ni el humilde rosario,
ni la afilada espada vencedora...
Mi aliento, que no mueve ni una brizna,
no arranca al cuerno de los valerosos
más que un rumor burlesco.

»Yo soy hijo del aire, soy un silfo,
soy, aun menos que un sueño,
hijo de la naciente primavera,
del día que despunta,
invernal huésped del hogar obscuro,
espíritu que quita
sus luces al rocío,
diáfano habitante
del invisible etéreo.

»Esta tarde, con voz emocionada,
una pareja plácida y dichosa
hablaba por lo bajo
de amor y llama eterna...
Yo lo escuchaba todo;
me había detenido cerca de ellos...
Al juntarse en un beso inmaculado,
han cogido la punta de mis alas
y ha llegado la noche
antes de quedar libre.

»¡Es demasiado tarde
para volver á mi querida rosa!
¡Abreme, castellana!
Mi albergue está cerrado...
¡Ay! Recoge á este átomo del día

extraviado en las sombras de la noche...
Permite, hasta mañana, que descanse
en tu lecho oloroso;
ocupo poco sitio, hermosa dama,
y haré poco ruido.

»Mis hermanos siguieron
las luces eclipsadas;
á las lágrimas dulces de la tarde
que rocían la hierba,
les abrieron los lirios y alelúes
su perfumado cáliz...
¿A dónde voy ahora?

Ya no veo más gotas de rocío,
ni más flores abiertas en el campo,
ni más rayos lucientes en el cielo.

»Ampárame, doncella,
por miedo á que á la noche ennegrecida
no me coja en su sombra
como una red inmensa y apretada
entre fantasmas blancos
y mil espectros negros,
entre los cien demonios
de los que el mismo infierno ignora el número,
los mochuelos salidos de las tumbas
y el azar cobijado en las ruinas.

»Esta es la hora en que los muertos danzan
chocando con sus huesos en las sombras,
la luna les contempla
con su pálida frente,
y el vampiro asqueroso,
—¡oh qué miedo, Dios mío!—
levantando la losa
de una tumba vacía,

arrastrando con brazo duro y fuerte
al tembloroso y vil sepulturero,
su sepulcro le muestra.

»Pronto, negros de polvo y de ceniza,
enanos monstruosos,
van á bajar los gnomos á su antro...
El fantástico duende
discurre por encima de las cañas...
Se une al fresco ondino
la salamandra ardiente y asquerosa,
y se cruzan cien fuegos azulados
sobre las aguas puras y tranquilas.

»¡Desdichado de mí, si acaso un muerto
ansiando distraerse en su fastidio
en su urna me encierra,
ó si algún taciturno nigromántico,
de mi espanto riéndose,
en el torreón donde á la media noche
levanta su voz ronca
sujetase mis alas
á la campana gigantesca y triste!

»Abreme tu ventana...
¡Ay! Si tú no me acoges
marcharé en busca de un desierto nido
y tendré que librar grandes combates
con los fieros lagartos...
¡Sí, ábreme! ¡Mis ojos son tan puros!
Mis palabras son dulces
como las que un amante tembloroso
en voz baja le dice á su adorada.

»¡Y yo soy tan bonito!
¡Si tú vieses mis alas

transparentes y débiles
que tiemblan á la luz del medio día!
Yo tengo de los lirios la hermosura;
ellos cuando obscurece nos acogen,
y las rosas dispútanse entre ellas
mi aliento de perfumes
y mi cuerpo radiante.

»Quiero que un feliz sueño
te revele mi gloria.
Cerca de mí,—mi sílfide lo sabe,—
las mariposas son harto pesadas,
los colibrís son feos y son pálidos
cuando, de azul vestido
y nácar, con fulgor que tornasola,
de flor en flor, como un monarca joven,
visito mis palacios por las selvas.

»¡Tengo frío! Me hielan las tinieblas
y lloro inútilmente.
¡Si pudiera brindarte
para que me entreabrieras tu morada
una brillante gota de rocío
ó mis corolas de oro!
Mas ¡ay!, no tengo nada..., he de morirme...
El sol me da y me quita mi riqueza.

»¿Qué deseas que en cambio
te traiga mientras duermes?
¿Las gasas de las hadas
ó el velo de los ángeles?
Yo voy á hermostear tu dulce noche
con las galas del día.
Tu sueño va á escurrirse
sin alterar tu dicha
desde los dulces sueños celestiales

á los sueños de amor dulces y ardientes.

»Mas en vano mi aliento
empaña el cristal húmedo.
¡Oh virgen! ¿Te figuras
que en las pérfidas sombras de la noche
la voz del silfo errante
es la voz de un amante que te engaña?
No me temas; yo soy débil y tímido,
y si viera una sombra,
¡ay!, ¡qué miedo tendría!»

Lloraba.—De repente
se elevó murmurando
cual llamamiento místico
una voz que, sin duda,
no era más que un espíritu... Bien pronto
apareció la dama
en la ventana gótica...
Se ignora si era al silfo á quien abría.

1823.

BALADA TERCERA

LA ABUELA

To die—to sleep.

SHAKESPEARE.

«¿Duermes? Despiértate, madre
de nuestra madre querida.
De ordinario, cuando duermes,
tus blancos labios suspiran
y tu sueño se parece
á la oración más contrita;
mas hoy tus labios no tiemblan
y ni tan sólo respiras.

»¿Por qué encorvas hoy tu frente
aún más que los otros días?
Dinos, ¿qué es lo que hemos hecho
que ni tan sólo nos miras?
La lámpara palidece,
el hogar echa mil chispas...
¡Oh! Si no hablas, el fuego
y la lámpara que expira
y nosotros dos, muy pronto
moriremos, abuelita.

»Tú vas á encontrarnos muertas
al nacer la luz del día.
¿Qué dirás cuando despiertes

y no te oigan tus hijas?
¡Ay! Invocando á tu santa,
para volver á la vida
á tus pobres pequeñuelas,
indispensable sería
que entre tus brazos de hielo
y por continuados días
nos tuvieras apretadas
llenándonos de caricias.

»Estrecha, pues, nuestras manos
dentro de tus manos frías,
enséñanos algún canto
de los juglares de un día,
háblanos de los guerreros
á quienes hadas servían,
que llevaban á sus damas,
en vez de ramos y cintas
cual trofeo, las cabezas
de los bravos que vencían
y cuyo grito de guerra
era el nombre de su amiga.

»Dinos qué signo divino
los fantasmas nos evita,
dinos qué ermita en el aire
volando á Satán divisa,
en la frente de los gnomos
dinos qué rubíes brillan
y si á los negros demonios
causa en sus reinos más ira
la maza del gran Rolando,
de memoria bendecida,
ó del severo Turpino
la salmodia repetida.

»Aquellas bellas imágenes
enseñanos de tu biblia,
el cielo de oro luciente
y los santos de rodillas,
el niño Dios, el pesebre,
las montañas azulinas,
la mula, el buey y los magos,
la hermosa virgen María...;
haznos leer, con el dedo
marcando las anchas líneas,
aquel latín tan extraño
que á rogar á Dios incita.

»¡Amada abuela! Por grados
la débil lámpara expira,
danzan las alegres sombras
en la estancia ennegrecida...
¡Ay!, tal vez son los espíritus
que en la choza se cobijan.
Abuela, sal de tu sueño,
sal de tu oración contrita,
tú que antes nos animabas,
¿ahora no nos tranquilizas?

»¡Qué fríos están tus brazos
y qué frías tus mejillas!
No ha mucho que nos hablabas
de una tierra apetecida
á donde sin darse cuenta
los propios pasos nos guían,
y del cielo y de la tumba
y de nuestra vida efímera...
Nos hablabas de la muerte...
¡Oh! Dinos, madre querida,
¿qué es la muerte, qué es la muerte?...
¿No respondes, abuelita?...

»Por largo tiempo sus voces
en la obscuridad gemían;
sin despertar á la abuela
amaneció el nuevo día.
La campana hendió los aires
con su voz enronquecida,
y por la noche un viajero
que por allí discurría
vió á las dos pálidas niñas
ante la sagrada biblia
y junto al desierto lecho
sollozando de rodillas.»

1823.

BALADA CUARTA

A TRILBY, EL DUENDE DE ARGAIL

A vos, sombra ligera que voláis
por el mundo con ala fugaz, y con
sibilante murmullo removéis dul-
cemente la umbría enramada; os
ofrezco estas violetas, estos lirios y
estas florecillas y estas rosas, estas
rosas encarnaditas abiertas de hace
un momento, y también estos cla-
veles.

Canción antigua.

¿Eres tú, hermoso duende? ¿Quién te trae?
¿Viniste cabalgando sobre un rayo

del sol poniente que el espacio inflama?
Al tocarme, tu aliento me acaricia,
claramente apareces á mis ojos
y tus alas que vibran agitándose
suenan á mis oídos como un cántico.

Mezclándose tu voz á tus suspiros
un familiar acento hasta mí trae;
Trilby hermoso, á mi celda solitaria
sé bien venido. En mi morada humilde
no hallarás á la humilde batelera
cuyo desnudo y palpitante seno
besa tu boca.

¿Vienes al hogar pérfido buscando
á mi trasgo que huye y á mi sílfide
que me visitan siempre sin ruido
y que me traen en sus alas bellas
con las luces del iris matizadas,
durante el día dulces pensamientos
y sueños hechiceros por la noche?

¿Vienes á visitar á mis ondinas
rodeadas de algas y espadaña
ó á mis enanos cuya voz chancera
á hablarme á mí se atreve solamente?
¿Vienes en busca de mis fieles gnomos
á perseguir los átomos del aire,
ó para molestar á mis fantasmas
jugando dentro de su lienzo blanco?

¡Escapa! Estos lugares que yo amo
no tienen ya esos huéspedes queridos.
¡Ay! Los hombres crueles entregaron
al anatema todos mis espíritus.
Ahogaron en el lago á mis ondinas

y sus manos clavaron á mi hada
como un doble trofeo, al lado mismo
de mi murciélago.

Mis espectros y enanos tan delgados,
cuando su ira todavía gruñe,
no osan ni á llamarse con sus cuernos
encima de las altas torrecillas;
mi mágico cortejo, estremecido,
huye doquier de sus pesadas armas
que de mi hermoso sílfo destrozaron
las alas de oro.

Tú, Trilby, también huye de sus iras,
teme un combate desigual y aciago
más que la voz severa y centenaria
que vengara á Dougal en otros tiempos,
cuya cabaña ennegrecida y triste
ve en medio de las sombras de la noche
en lo alto de una roca espumeante
sentarse de Fingal la obscura sombra.

El que de tu montaña te ha traído
á nuestros campos plácidos y ardientes,
tuvo por compañera de su vida
la esperanza gentil de las promesas:
Francia, su madre, vió por largo tiempo
su juventud amarga y dolorosa
en su triste destierro marchitarse,
á donde, como Homero, no llevaba
más que sus cantos.

Triste y sublime al mismo tiempo, grave
en su vuelo gracioso y elevado,
al poeta le gustan los abismos
donde el águila audaz busca refugio,

el perfume exquisito de las flores,
el oro de los astros que se incendian,
las campanas que vibran murmurando
y que á los cielos lanzan sus lamentos.

Le gustan los desiertos solitarios
do no veda sus pasos ningún límite,
y de la esclavitud su alma huyendo
vive más lejos que la muerte misma.
Cuando pide su auxilio el oprimido,
en alma de los pueblos se convierte,
y es para ellos una ardiente llama
que el tirano no puede extinguir nunca.

Tal es Nodier, el inmortal poeta;
ve y dile á aquel querido amigo mío
que de espanto mi alma se estremece
por los peligros que tu suerte corre;
dile que te vigile con cuidado,
hechiza con tus ojos su vigilia
y cuando sueñe, duerme, Trilby hermoso,
sobre su frente.

¡Oh! No vagues ya más á la ventura,
pues contra ti prospera la ojeriza;
teme los males y el atroz tormento
que sufrió incauto mi querido silfo.
Trilby, si te cogiesen, ¡oh qué gloria!
Ensuciarían ¡ay! con tinta negra
tu manto de muer tornasolado
y tu brillante piocha de rubies.

Esto, ó para poder danzar con Fauno,
construyendo tus pasos temblorosos
sus sátiros de pico amarillentos
y sus viejos silvanos petulantes

juntarían tu mano encadenada
á las manos mugrientas y huesosas
de sus náyades viejas y marchitas
muertas hace ya más de dos mil años.

Abril, 1825.

BALADA QUINTA

EL GIGANTE

Las mismas nubes del cielo te-
men que yo vaya á buscar á mis
enemigos dentro de su seno...

MONTENABRI.

¡Oh guerreros! Yo he nacido
en el país de los galos;
mis abuelos franqueaban
el Rhin con un solo salto;
me bañó mi madre un día
en los mares congelados
y, siendo niño, mi padre,
sobre sus hombros cargándolos,
adornó mi hermosa cuna
con tres pieles de oso blanco.

¡Qué fuerte era antes mi padre!
Ahora la edad le ha encorvado
y de su frente arrugada

caen sus cabellos blancos.
 Ahora el pobre es viejo y débil,
 y su fin es tan cercano,
 que á veces á duras penas
 pueden arrancar sus manos
 una encina centenaria
 para sostener sus pasos.

Yo soy el que le reemplaza,
 yo soy quien tiene su arco,
 su jabalina, sus hachas,
 y sus bueyes y su arado;
 y solamente yo puedo,
 sucediendo á aquel anciano,
 con los pies en la llanura
 sentarme en el monte alto
 y con mi soplo á lo lejos
 doblar los álamos blancos.

Apenas adolescente,
 sobre los Alpes nevados,
 de peña en peña me abría
 un camino en cuatro saltos;
 mi cabeza detenía
 las nubes allá en lo alto
 como las detiene el monte
 que las deshace á su paso,
 y mil veces, en los aires
 su raudo vuelo espiando,
 cogí las águilas negras
 alargando mis dos manos.

Yo combatí á las tormentas
 y con mi aliento inflamado
 en sus angulosos vuelos
 apoyaba los relámpagos;

ó alegre alguna ballena
 á mis plantas arrojando,
 entreabría su llanura
 el Océano á mis pasos
 y removían mis juegos
 los mares más abrigados
 con más fiera turbulencia
 que el septentrión y que el austró.

Yo vagaba persiguiendo
 con golpe mortal y aciago
 el tiburón en las aguas,
 los gavilanes volando,
 espiraban sin herida
 los osos entre mis brazos,
 y á menudo, en el invierno,
 al recibir su bocado,
 sobre mis manos rompía
 el lince sus dientes blancos.

Ya en estos juegos de niño
 no encuentro ningún encanto;
 sólo me gusta la guerra
 y su marcial aparato,
 los ruegos y maldiciones
 de los huérfanos llorando,
 los campos y los guerreros
 sobre sus armas botando
 cuando las voces de alarma
 se oyen mi sueño alegrando.

Cuando en la ardiente refriega
 va un ejército rodando
 en ruidosos torbellinos,
 entre el polvo me levanto
 y siguiendo su carrera

y alcanzándole en dos pasos,
como se hunde la gaviota
dentro las olas, chillando,
así entre sus batallones
me sumerjo denodado.

Como el segador altivo
entre los trigos dorados,
en las filas aplastadas
aparezco fiero é impávido.
A mi oído sus clamores
suenan cual murmullo blando;
machaco sus armaduras
con mi puño desarmado
mejor que con una encina
escogida de antemano.

Peleo siempre desnudo,
y mi valor soberano
se ríe de los guerreros
de acero frágil armados
que se ven por todas partes
rebosando en vuestros campos.
Con sólo un palo de fresno
contra vosotros combato
y sólo guardo mi frente
con este ligero casco
que arrastrarían sin pena
diez bueyes aparejados.

Sin sitiar las fortalezas,
sin inútiles escalos,
las cadenas de los puentes
levadizos yo deshago;
como un ariete de bronce
sus muros débiles bato;

yo peleo cuerpo á cuerpo
con los torreones altos
y para cegar sus fosos
los dejo desalmenados.

¡Oh! ¡Cuando á mi vez me llegue
el turno en ser humillado,
no abandonéis mis despojos
de los cuervos para pasto!
Enterrad mis duros huesos
en los montes más gallardos
á fin de que el extranjero
busque, al mirarlos tan altos,
qué gigantesca montaña
es mi sepulcro sagrado.

Marzo, 1825.

BALADA SEXTA

A M. J. F.

LA NOVIA DEL TIMBALERO

... Dulce
es la muerte que viene bien amando.

DESPORTES.—Soneto.

«Monseñor el gran duque de Bretaña
en busca de combates empeñados

convoca desde Nantes á Mortaña
en el llano, en el valle y la montaña
á todos sus vasallos y soldados.

»Son estos los barones afamadòs
que mueren sin moverse de sus puestos
en combates mil veces ya probados
soldados á las armas siempre prestos...
Mi novio tan querido es uno de estos.

»A Aquitania marchó de timbalero,
y al verle andar con tan marcial talante,
al verle tan gallardo y altanero
con su perpunte de oro deslumbrante,
muchos le toman por un gran guerrero.

»¡Desde entonces, Dios mío, cuánto tarda!
Yo, al enlazar su suerte con la mía,
llorando le rogué á Santa Lucía (*):
—¡Vigilad á su ángel de la guarda
para que no le deje un solo día!

»Yo dije á nuestro abad al confesarme:
—¡Rogad por nuestra hueste denodada!
Y luego él mismo vino á acompañarme
llevándole tres cirios, á postrarme
ante la imagen (**) de San Gil sagrada.

»A nuestra santa virgen de Loreto
prometí en el dolor de mi destino,
ocultas al mirar de un indiscreto,
colgar en mi gorguera con respeto
las conchas de un anciano peregrino.

(*) El original francés dice Santa Brígida.—(N. del T.)

(**) En el texto francés se lee la reliquia de San Gildas.
(N. del T.)

»No ha podido alejado el timbalero
darme una prenda de su amor sincero;
para hacer circular tiernos mensajes
la vasalla infeliz no tiene pajes
y el vasallo no tiene un escudero.

»Con monseñor hoy vuelve de la guerra.
No es un hombre vulgar mi bello amante;
para verle, la frente que ha un instante
en mi dolor sólo miraba en tierra,
alzo ahora de dicha deslumbrante.

»El duque, vencedor nos ha traído
su estandarte rasgado y desteñido;
¡venid, venid bajo ese portal viejo
á ver pasar el sin igual cortejo
y el príncipe y mi hermoso prometido!

»Venid á ver su potro enjaezado,
sus cuatro remos á compás moviendo,
que marchá todo el cuello sacudiendo
con un plumero rojo empenachado
y que á su voz se para fatigado.

»¿No estáis listas aún, hermanas mías?
¡Venid conmigo á ver pasar mi amante
batiendo aquella caja deslumbrante
que para mí, cual fuente de armonías,
hace saltar mi pecho palpitante!

»¡Le veremos pasar tan orgulloso
llevando el rico manto que he bordado!
¡Qué gallardo va á estar y cuán hermoso!
¡Su rostro qué contento y cuán airoso
con su casco de crines inundado!

»Ayer la egipcia con su paso artero,
llevándome á un recodo del sendero,
con hipócrita risa y cara ufana,
me dijo que en la hueste esta mañana
había de faltar un timbalero.

»Pero he rogado tanto, madre mía,
que la esperanza en mí renacería,
si el sepulcro mostrando con su brazo
do se recoge al declinar el día,
no hubiera murmurado:—¡Aquí te emplazo!

»¡Volemos! ¡No más negros pensamientos!
Ya oigo acercarse el son de los tambores.
La gente se aglomera por momentos,
ensordecen el aire sus clamores
y flotan las banderas y las flores.

»El cortejo desfila en dos hileras;
los pesados lanceros van delante,
después y prosiguiendo sus banderas
los barones de traje deslumbrante
con birrete de pluma cimbreante.

»Sus casullas luciendo ved al clero;
los heraldos montando sus caballos...
Mirad, mirad cual todos los vasallos
del señor llevan el blasón severo
de sus cotas prendido en el acero.

»Admirad la armadura toledana
de los bravos del Temple en ala abiertos
y llevando su larga partesana
los arqueros venidos de Lausana
con las pieles de búfalo cubiertos.

»El duque no está lejos. Desplegada
su bandera se ve y sus caballeros...
Después alguna enseña avergonzada
por quienes la apresaron es llevada...
¡Hermanas! ¡¡¡Aquí están los timbaleros!!!

*

Calla la moza y su mirada ardiente
se sumerge en el haz de los guerreros.
Después, entre la gente indiferente,
cae fría lanzando un ¡ay! doliente...
Acaban de pasar los timbaleros.

Octubre, 1825.

BALADA SÉPTIMA

LA REFRIEGA

Los ejércitos llegan á las manos,
el choque es terrible, los comba-
tientes son terribles, las heridas
son terribles, la refriega es terrible.

GONZALO BERCEO.

La batalla de Simancas.

Pastor, cambia de senda.—Aquellos montes
ven ondular dos filas relucientes
de espesas y afiladas jabalinas.